

escritora la victoria de los seres humanos... La victoria y la suficiencia, tanto en la maldad como en la bondad... Y esto nos parece extraño, ya que "el bien no siempre deja huella en el camino; el mal, en cambio, arrastra inevitablemente sus consecuencias"... Françoise Mallet estaba una vez en una iglesia en una misa de Gallo, en donde todas las señoras y las familias elegantes se habían instalado en los primeros bancos. Françoise Mallet está en contra de los pecados salvados, o salvaguardados, por el dinero o por el nivel social. En contra de los tibios que se agarran de la indulgencia de Dios para seguir en sus tibiezas. En contra de las actitudes, del falso honor y de la falsa nobleza. En contra de los que se pescan de su posición social para seguir en su pecado. Françoise Mallet no cree en un Dios dulce y misericordioso, del perdón, y no quiere doblar la cabeza. Dura, sola, nueva, intacta e inatacable no cae en la hipocresía y en lo farisaico... En la iglesia, en la elegante misa de Gallo, donde susurraban vestidos, pieles y elegantes misales, ella ha rezado: "Dios mío, no me perdone usted nada. No me deje parecerme a aquéllos. Iría hasta el fondo del corazón mismo del mal, antes que parecerme a aquéllos. No me perdone usted mis ofensas, porque yo jamás perdonaré ninguna. Déjeme entera y fuerte como lo soy, y si fallara yo en lo que quiero obtener de mí misma, castígueme tanto como esté en su poder, porque rehusaré siempre vuestra indulgencia..." No está por demás decir que la autora es orgullosa, y que no sabe que la verdadera fuerza se halla justamente en la indulgencia y en la dulzura... Pero continuemos nuestro cuestionario: Françoise Mallet, ¿a qué atribuye usted su éxito?

—Tan sólo llamo éxito el momento en que un autor, mirando tras sí, percibe que ha realizado la mayor parte de su obra, y que ha progresado constantemente hacia lo que quería expresar y que —incidentalmente— tiene la audiencia del público... Ve usted que me doy muchos años de trabajo antes de llegar a lo que se llama un éxito, antes de haber logrado lo que me propongo...

—¿Qué opina del movimiento de autores jóvenes, al cual pertenece, editados por Julliard?... ¿Le gusta este éxito desmesurado?

—Encuentro todos estos éxitos prematuros muy peligrosos para autores jóvenes que muchas veces podrían dar más, dar algo mejor aún, y cuya vida de escritor se ve truncada por todo el ruido hecho alrededor de su primera obra. Después de un éxito sensacional, todos quieren producir, escribir en masa, y dentro de la cantidad, se pierde la calidad...

—Personalmente, ¿por qué escribe usted?

—Escribo porque creo sinceramente que es la cosa para la cual tengo la mayor facilidad y las mejores dotes... Además, he escrito siempre. A los doce años, ya escribía novelas...

—¿Pero cree usted que es valioso escribir, como un deporte para el cual se tiene facilidad, o cree usted en los escritores que tienen un "mensaje que comunicarles a los hombres"?

—A la edad de doce años, escribía yo de seguro por escribir, pero tampoco creo que tenía un mensaje que comunicarles a los hombres... Después, nunca he pensado en "escribir" en ese aspecto. No quiero a las gentes que saborean su trabajo, tanto en literatura como en car-

nicería. El trabajo bien hecho es ya un "mensaje" en sí. Y si un autor tiene una concepción de la vida original que transmitir, tanto mejor...

—¿Puede usted traerme un retrato moral de su persona?

—Soy "flamande" y por consecuencia, bastante ordenada y busco siempre la limpieza y la abundancia, los colores y las materias. Soy un poquito violenta, a veces insociable y muchas veces desagradable... Sufro en las entrevistas... El defecto que más odio: la avaricia, la estrechez de espíritu. La cualidad que prefiero: la generosidad en todos los sentidos de la palabra... Cuando escribo, tan sólo pienso en la novela que llevo en la mente... Nunca pienso en lo futuro, en la bomba atómica y esas cosas. ¿Con qué me entretengo? Haciendo horribles muecas y organizando concursos con mi hijo, que también hace unas muecas dignas de consideración... Los dos vivimos en un mundo imaginario de fantasmas, muecas, y horribles caritas, y voces rarísimas... Me encantan los desfiles de carnaval con sus máscaras (los hay muy bellos en Flandes) los trajes de fantasía, y las "gargouilles" (a lo mejor por eso no tengo razón en no asistir a las reuniones literarias...) Me encanta contarme a mí misma, y contarle a mi niño, historias, de brujas en las que creo un poco. Pero me gusta también el mundo de la calle

y los personajes vivos... Pero es verdad que los quiero tan sólo para incorporarlos en historias...

Françoise Mallet y las gárgolas y las máscaras de horror de Carnaval, las quimeras que rondan con sus cuerpos deformes. Françoise Mallet y su espíritu medieval, duro y terrorífico, compuesto con actos inexorables de pureza y orgullo, espíritu lleno de fantasmagorías, de incongruentes enanos, elfos saltarines, caritas risueñas y diabólicas que se ven en las iglesias góticas. Françoise Mallet representa un espíritu extrañamente contradictorio. Es a la vez medieval y flamenca, hosca y dulce, llena de imaginaciones torturadas y grotescas, barrocas y fuera de nuestro siglo moderno. Trabaja como un artesano incansable, como uno de esos viejecitos con sus anteojos sobre la nariz, que se ven en los grabados de Daumier, y rehuye asimismo las consecuencias de su trabajo (éxito, popularidad) como aquella joven extraña que curaba gente a base de hierbas y pociones, joven embrujadora que tan bien describe George Sand en una de sus obras... En verdad, Françoise Mallet debería haber vivido en el siglo XIII. La imaginamos con una pluma larguísima, escribiendo sigilosamente con su cofia puntiaguda sobre la cabeza, encerrada en una torre, entre adustos y preciosos manuscritos enrollados.

AQUILES TRAGICO

Por Huberto BATIS

Al maestro Alfonso Reyes

UN PERSONAJE heroico, epopéyico, cuasi-divo, reflejo de una nacionalidad cantada para siempre, es el objeto de mis reflexiones. Concebido en boca de los hombres, sólo alcanzó a ser engendrado por la palabra de uno. Y al verlo, todos los demás lo reconocieron como genuino y se lo apropiaron: Aquiles.

La preocupación de su progenitor al darle vida fue conformarlo de acuerdo con la tradición exigente y nimia, con la ficción y el escenario de la creencia común, y, al mismo tiempo, hacerlo eternamente nuevo sin discordar del pensa-

miento antiguo. Aquel hombre —poeta— logró su propósito: el engendro resultó preciso y luminoso. Todos reconocieron en el producto, plasmado por fin, a aquel que entreveían en su propio pensamiento. Vivió Aquiles, pasó nuevas situaciones emotivas y se encadenó al juego y a la actuación de sus pasiones intensa y magistralmente. Como personaje realizó el ideal artístico griego: fue un compuesto de inteligencia y de energía, de razón práctica, de sentimiento del honor al cuidado del bien individual; hizo suyas, en el espíritu, las fogosas pasiones nacionales, y, en la carne, la perfección. Pero el triunfo mayor de Aquiles fue



"la grandeza de un hombre favorecido por los dioses"

elevantarlo a su artesano —fuera uno, fueran varios—; lo que, en opinión de Aristóteles, le valió ser Homero, con superioridad excelsa sobre los demás poetas, fue el trafique de la acción. Como consecuencia, gracias a esa progenie homérico-popular, Aquiles vivió con naturaleza tan simple, y su conflicto activo fue tan sencillo y tan majestuoso. El croquis de su comienzo responde al colorido chispeante de su culminación. Como clásico, Aquiles triunfa por su individualidad y su realeza de carácter. Nunca podrá ser catalogado por los formulistas, porque es hombre definido y propio en todo su valor. La historia querrá apropiárselo sabiendo que jamás logrará conseguirlo; su verdad moral alumbrará siempre por sí misma, sin necesidad de búsquedas, ni análisis, casi sin reflexión.

La épica se centraliza siempre en un hecho. Sin embargo, la guerra troyana es sólo el pretexto de la Iliada. La narración dependiente de los hechos es, por ejemplo, el alma de la Eneida, de la misma Odisea. Pero en el poema de Aquiles —*Aquileida*— querrian llamarlo algunos— el interés no está sujeto exclusivamente a los acontecimientos. No existe en él la preocupación de urdimbre y tramas que apresen al contemplador de Aquiles. No se usan enredos, traiciones, contrariedades sino como elementos de accidente, casi primitivos. La grandeza y sublimidad de un hombre favorecido de los dioses, con su trágica participación en el destino de dos pueblos, forman el primer plano de la escena; atrás, sólo como complemento, aparece la lucha de los dioses y los hombres pugnando por alcanzar sus intereses. El poema es sólo el último capítulo de la vida de Aquiles, antes de su epílogo; "terminará el poema —hace notar C. M. Bowra, *Tradition and design in the Iliad*— y aún la guerra estará indecisa". Es, pues, el resultante de las pasiones del héroe lo único que importa en esta epopeya. Viene a ser algo más de lo definido por Voltaire en su limitación al género: "un recitado en verso de aventuras heroicas". (*Ensayo sobre la poesía épica*.)

Aquiles surge entre el digladiar de brazos divinos y humanos, y su orgullosa belleza opaca la contienda. Se mueve Aquiles en su atmósfera pseudo divina, pseudo humana: cuando se muestra sereno es por la conciencia de su superioridad, por la melancolía de la muerte que sabe cercana; cuando inquieto, son la amistad-amor y el odio-enemistad los fuentes de su actividad humana; y siempre en su grandeza se perfila el Olimpo.

La pasión de Aquiles es la energía que dirige su amor: llámese amor a Patroclo, llámese odio a Agamemnón. Dante lo vio así: *Aquille, che per amore al fine combatteo*..., amistad y odio encontrados: ira contra amor, amor venciendo a la ira. Pasión enorme la suya, responsable de enormes acontecimientos. Influirá en el destino histórico, en la desgracia de Troya; desgarrará a la mujer Andrómaca, matará a Héctor el fatalista, a Patroclo el amigo; causará el castigo del amor de Paris y Helena, premio del victorioso; influirá en la decisión de los dioses, y le condenará a él mismo al llanto, al crimen, a la propia muerte. Por amar será culpable de ira salvaje; por haber amado recibirá dolor, y por haber sufrido por amor merecerá odiar con la violencia y la rabia con que lo hizo. Su pasión es sublime porque es fautora de grandezas.



"su trágica participación en el destino de dos pueblos"

Habría que ver el desarrollo de la pasión de Aquiles:

Las naves helenas, ancladas frente a las costas troyanas, mecén la orgía afrodisiaca de los guerreros con las esclavas capturadas. Venidos a rescatar a la griega, se dan una tregua azorados por la belleza de las extranjerías. En una de las naves, el de los pies ligeros se recuesta, divertido por las gracias de Briseida *la de la faz gustosa*. Patroclo, el amigo, tañe su música monorítmica, sin definirse por el lamento o la canción. Mientras, la diosa Tetis sonríe ante la gozosa inactividad del hijo.

De pronto, el acaecer instiga el suceso: Agamemnón es obligado a restituir a Criseida, la hija del sacerdote troyano, elegida en el reparto del botín. Despechado, arrebatada a Aquiles la mujer con que le han premiado. Tetis obtiene de Zeus la promesa de que los griegos no triunfarán sobre Troya hasta que Aquiles se vengue del ultraje. El despojado, con un desplante de orgullo, piensa en negarse a participar en el combate en tanto no se satisfaga su ira. A la vez irascible y moderado, con dignidad heroica, demuestra al rey su injusticia, y se promete un resarcimiento. Y ante la amenaza del enemigo, cargado de fuego, dispara el insulto:

150 *Y Aquiles el de los pies ligeros, con sombría y torva faz estaba mirándolo y decía:*
—¡Oh codicia, oh descaro! No sé cómo te escuchan
las tropas que conduces y a tus órdenes luchan.

157 *Mas por ti, el engreído, quisimos complacientes*
brindar a Menelao desquite en su decoro,
plegándonos, ¡oh cara de perro!, a tus deseos.
Andate pues con tiento y nunca amenaces
con quitarme la honra que me dan los aqueos
ni el pago merecido.

170 *De esta vuelvo a Ftia, que con mucho prefiero*
zarpar rumbo a la patria en mi corvo velero,
a servir tu soberbia, y no hay gloria ninguna
en que a mi costa medres y acrezcas tu fortuna.

(R. I Traducción de A. Reyes.)

El ultraje se ha ensartado en su ánimo irascible, y ahí se quedará fijo. El, invulnerable a los dardos, ha sido herido de injuria. La leyenda aporta un hecho: Agamemnón, acrecentando la injusticia,

atribuye a cobardía su dignidad. Entonces la ira se desborda: ya saca la rabiosa espada, mas el cielo le ataja el brazo, y Palas Atenea logra calmarlo. Homero sondea admirablemente la profundidad de la herida: nada dará mejor la idea de la energía de Aquiles que la calma aparente con que se deja arrebatar a Briseida, una vez que ha decidido la venganza. Gravemente, causando turbación en los heraldos de Agamemnón que esperaban resistencia, dice triunfante:

332 —¡Salud, gente de Zeus, mensajeros humanos!
Venid, no es culpa vuestra, si vuestro soberano
por Briseida os envía. ¡Patroclo, hazla salir
tú el de estirpe de Zeus, y entrégala en sus manos!
Y ante los bienhadados dioses sedme testigos,
y ante todos los hombres y el rey desalentado
si al hora del desastre quiere contar conmigo.

(R. I Idem.)

Pero, en seguida, consciente de su valor justo, pues que si él falta nada podrán los aliados aqueos, fulmina su negativa a continuar luchando. No se irá a Grecia, pero su presencia será pasiva y su continente grave. No hay derecho a calificar de enfermiza esta venganza en el Aquiles agredido, porque no se convierte en agresor por respeto a las circunstancias y al rango del contrario.

En la segunda escena, siguiendo la cólera de Aquiles, encontramos la misma grandeza de ánimo y la furia duplicada. El Aquiles de la *Embajada* olvida la aparente debilidad del de la *Disputa*. Somos espectadores de un contraste sorprendente: la noble cortesía del recibimiento que hace a los enviados de Agamemnón, se estrella un instante después con la pasión exasperada a las primeras palabras. Arrogancia benévola al aceptarlos, colérico recuerdo de la injusticia. Todas las fuerzas de su naturaleza se sublevan alrededor del centro que domina su pensamiento. Cuando Agamemnón le devuelve su honra se muestra inflexible. Ni la voz de Fénix, su nutricio, logra debilitar su negativa. Aquiles se imagina sentado en el puente de su *negra nave*, rodeado de sus hombres, presenciando con Patroclo la derrota de las huestes de su ofensor. Ve las demás naves incendiadas, y las arenas de la playa enrojecer de sangre, y

se regocija con placer sádico-masquista, ya que la derrota de los griegos no dejaría de derrotarlo a él mismo. Es el segundo paso en la tragedia. Homero no deja que su héroe abandone su resentimiento a la primera oportunidad. Para hacerlo salir de su obstinación se necesita más que una Briseida, más que un Agamemnon con toda su realeza humillado, más que una posible derrota a sus compañeros de armas, más que el deseo de gloriosas honras militares: sólo Patroclo, el amigo, el amor al que le han matado podrá hacerle cambiar la dirección de su cólera. La tragedia moral se ahonda con este despreciar las satisfacciones que pretende hacer el soberano, con este rechazar las súplicas de los amigos. Parece que Aquiles se apartara de su camino; llega a faltar al respeto debido a los dioses.

Los aqueos obtienen nuevos triunfos. Por un momento parece que los dioses están otra vez con ellos, como queriendo premiar la buena voluntad de Agamemnon en volver a la amistad de Aquiles; como queriendo castigar la insolencia de éste. Pero Zeus está decidido a cumplir su promesa a Tetis: la gloria de su hijo quedará en pie, y su honor quedará sin mancha. Agamemnon es herido de flecha y le traen a las naves. Zeus aparta la vista del campo de batalla para no arrepentirse de su promesa; se distrae en el amor, momento que aprovecha Posidón para venir secretamente a ayudar a los desfavorecidos. El padre de los dioses se duerme, pero al despertar sólo Ajax queda defendiendo las naves de las teas incendiarias de Héctor, y viene a ayudarlo. Patroclo se decide a combatir; Aquiles mismo le ayuda a prepararse al combate, le presta su armadura, exhorta a sus mirmidones a que le acompañen, pero él se queda aferrado a su ira. Los dioses no escuchan la oración por el amigo: Héctor le acribilla y se lleva la armadura de Aquiles como trofeo.

El dolor de la pérdida enfurece a Aquiles, la cólera le vuelve loco y le acicatea a ir a retar a Héctor en combate. La violencia le lleva a una degradación, sólo la venganza le arrastra al combate contra la inocencia: mata a Licón indefenso y le rehúsa sepultura. La conmoción ha revuelto hasta la última profundidad de su espíritu, y saca a relucir nuevos y maravillosos elementos de su carácter: su valor, su confianza en sí mismo, su resolución inquebrantable ante el destino, y sobre todo, su sacrificio ardiente al sentimiento, que le es como una religión. No es esto algo nuevo: es el mismo odio al enemigo y el mismo amor al amigo con una nueva tonalidad apasionada. Aparece hambriento en el combate, casi salvaje: no sabe de compasión. Hace huir a Héctor alrededor de las murallas, le mata, y aún no calma su furia. Permite a las huestes ultrajar el cadáver del troyano, y él mismo, a la vista de la esposa que todo lo contempla desde la muralla, ata el cuerpo a su carro y lo arrastra fustigando despiadadamente a los caballos. Pretenderá echar los despojos a los perros... pero los dioses le previenen.

Aquiles ha vengado al amigo a costa de un alto precio: lo que podría llamar ser su heroica caballerosidad tantas veces demostrada en el combate. Sacrifica a los rehenes como víctimas de sacrificio sobre el ara donde Patroclo va a ser consumido. Pero nadie le ha ayudado a salir de su exasperación, nadie le ha

tendido la mano para volver en sí de su dolor. La tragedia está repleta y no puede estallar: es inmensa porque no puede satisfacer al vengador. Se ha quedado sin amigo, está descontento de todo, y se ha declarado la guerra a sí mismo. Silencioso y férreo dirige las exequias de Patroclo hasta que la ternura le gana la voluntad:

"Regadas de lágrimas quedaron las arenas y las armaduras de todos los guerreros; Aquiles comenzó el funeral lamento poniendo las manos homicidas sobre el pecho del difunto: —¡Alégrate porque te he cumplido todas las venganzas que te prometiera!... Lograron arrastrarlo hasta la tienda de Agamemnon por ver si lo graban quitarle las manchas de sangre y polvo, pero él se negó, mientras no pusiera el cadáver en la pira, no levantara el túmulo y no se cortara la cabellera en señal del gran pesar que jamás sentiría en su vida. Y fuese a gemir a orillas del estruendoso mar, donde no tardó en vencerle el sueño: entonces vino el misero Patroclo a reclamarle: —Duermes y me olvidas. Entiérrame cuanto antes para que pueda pasar las puertas del Orco y entrar en el Hades. Nunca más volveremos a charlar de los amigos separadamente. Te encargo que no dejes mandado sepultar tus huesos lejos de los míos... Quiso Aquiles abrazarle, pero Patroclo se alejó dando alaridos: dispóse cual si fuese humo. Como solloza un padre quemando los huesos de su hijo recién casado, así sollozaba Aquiles arrastrándose en torno de la pira, gimiendo sin cesar..."

(R. XXIII. Traducción publicada por la UNAM)

La cólera amaina, opacada por el dolor, desahogada por las lágrimas. Homero

no quiso dejarlo en ese abismo, y así como se sirvió de él para poner la fuerza de una sola pasión de modo que apareciese todo el hombre, así ahora le ayuda a regenerarse.

En el último acto, antes que caiga el telón sobre el Aquiles de la Iliada, éste se vuelve en sí mismo: entrega el cuerpo de Héctor a los troyanos, que ha quedado intacto, preservado por los dioses; concede una tregua para que se le puedan hacer honrosos funerales. Ha vuelto a la integridad de su nobleza. Por una última vez Homero empuja a su hombre a una situación tentadora, su progenitor se le vuelve a Aquiles demonio: lo mueve a matar aun al viejo Priamo cuando viene a recoger el cadáver de su hijo. Pero Aquiles se acrisola: el recuerdo de su anciano padre le defiende contra la insidia de la tentación; pronto se muestra considerado y caballeroso.

El amor a los suyos destruye el odio a los que no lo son. Con esto Aquiles vence a Aquiles, Aquiles es ya otra vez Aquiles. Ha matado la pasión y la ha enterrado sin funerales al permitir a los troyanos las exequias de Héctor. Su cólera ha pasado y sólo se promete ahora el triunfo guerrero sobre Troya. Termina aquí de actuar, con estas notas de paz, casi de purificación, al renacer a sí mismo. Es el Aquiles de la intensa profundidad humana, asociado a la verdad del sentimiento y de la imaginación.

CARTA DE INGLATERRA

Por Irene NICHOLSON

LA LABOR del Consejo de Artes de la Gran Bretaña culminó en el mes de abril con cuatro exposiciones que auspició en Londres. En la sede del propio Consejo se exhiben los dibujos de Ingres y las cerámicas de Picasso; en la Galería Tate se exponen las pinturas del Museo Guggenheim de Nueva York; y en los salones de la calle Suffolk, una colección del Museo de Arte Moderno de París. Parece, pues, el momento oportuno de hacer un balance de lo que a través de la labor del Consejo se ha podido apreciar este año en el campo de las artes plásticas.

El verano pasado se exhibieron *Cinuenta Años del Arte Gráfico* de Picasso. Después los dibujos de Jean François Millet. ¡No podía haberse ofrecido un contraste más grande! En seguida exhibió los cuadros de Gaudier-Brzseka y del pintor romántico inglés Samuel Palmer, y de otros de su círculo, como William Blake.

De Picasso a Picasso se observa la vuelta de un siglo, más o menos, y la primera impresión que uno recibe de estas pinturas es el alto grado de eclecticismo del arte moderno, que tiene en Picasso el ejemplo supremo del espíritu proteico. El período moderno no tiene estilo; participa de todos los estilos. Y esto es el resultado lógico de la facilidad con que actualmente se pueden reproducir y distribuir las obras de arte de todas las épocas. André Malraux ha tratado extensamente este punto, como también el alcance de sus consecuencias. En el dominio del arte, la fácil reproducción de las obras maestras ha dado lugar al mismo

fenómeno que inquieta a los ecólogos. Encuentran éstos que, a causa de las fáciles comunicaciones del mundo moderno, se introducen accidentalmente nuevas especies ahí donde no corresponden, y donde pueden causar grandes estragos. Asimismo, el artista moderno recurre en busca de temas o de estilos a Egipto o a la isla de Pascua, a la Francia medieval o a Italia renacentista, al África o al México prehispánico. En manos de un artista como Picasso, el eclecticismo puede producir una nueva vitalidad, una nueva



—Boston Museum of fine Arts
Millet— "una obra debiera ser entera"